

Corazón con Huellas de Sol, Arena y Mar

Por Mónica Reyna Saavedra

Cada verano la cola de carros para llegar a La Herradura era de nunca acabar. Si pudiese retroceder en el tiempo disfrutaría más de la vista desde arriba del cerro, cuando como sardinas enlatadas, los autos subían la ruta estrecha que forzosamente había que tomar para poder llegar al pequeño paraíso de arena y mar. Los rayos del sol brillaban sobre las aguas frías del océano como si se reflejaran en un espejo de plata; la distancia impedía percibir la fuerza de la corriente y más bien se divisaba calma con un aire de paz. Uno que otro velero al fondo y el horizonte inalcanzable unido con el azul del cielo le daban el toque de pintura en óleo al paisaje que era un regalo para mis ojos.

Las canciones de rock tocando en la radio a todo volumen nos acompañaban en el trayecto. Mi papá, mi hermano y yo cantábamos a todo pulmón, desentonando, a veces hasta en inglés o cambiándole la letra a las canciones, pero eso no importaba porque la euforia del momento lo perdonaba todo. Los vidrios abajo dejaban entrar al sonido del viento y la brisa del mar, y la combinación de todo se volvía una sinfonía para mis oídos.

Al llegar al estacionamiento había que cruzar los dedos y pedir a todos los santos que hubiese un lugarcito para dejar el carro.

- “¿Cuánto es, cholo?”
- “Cinco soles, caballero.”
- “¡No seas malo pues cholo! ¡Que abusivo eres!”
- “Yo no pongo la tarifa, caballero. Quéjese con la municipalidad si quiere...”
- “Ya, ya, no me des boleta...”

Mi papá le entregaba unas monedas al encargado y él a su vez bajaba la cadena que servía de tranca para permitirnos el ingreso. Unas cuantas vueltas eran suficientes para encontrar lugar. Las carretillas amarillas de helados D’Onofrio estaban por doquier y los heladeros hacían sonar sus cornetas para ofrecer el refrescante producto por si acaso se nos antojase satisfacer el paladar antes de bajar a la playa. Los bañistas caminaban en desorden por el malecón, unos iban y otros venían, y nosotros toalla al hombro bajábamos por las escalinatas de piedra, ansiosos de empezar nuestro día de sol.

Si digo que la concurrencia era un baño de multitudes, no exagero. Las filas de carpas rojiblancas de lona con diseños a rayas se extendían a lo ancho de la playa de extremo a extremo. Los niños corrían entre las sombrillas multicolores para llegar rápido al agua sin quemarse los pies, y los menos afortunados se tragaban la arena que levantaban aquellos que corrían. Dos metros cuadrados era todo lo que necesitábamos para tender nuestras toallas y dejar las sandalias, y minutos después vendría lo mejor.

El contacto inicial con el mar hacía que la piel asada por el sol se erizara bajando de temperatura bruscamente, y de pronto estábamos empapados de agua y ya no de sudor.

Parada en la orilla mis huellas se marcaban en la arena, y con el lleva y trae de la corriente mis pies se hundían y las imágenes fotográficas de mis primeras aventuras marítimas visitaban mi memoria. La marea me empujaba y yo hacía un esfuerzo para no irme de lado; mis rizos alborotados a merced del viento parecían tener alas y echaban a volar cubriendo mi rostro, pero nada de eso me distraía de mis recuerdos.

Imágenes de mi niñez invadían mi mente, cuando tenía yo unos tres o cuatro años y sentada sobre los hombros de mi papá entraba con él hasta donde según yo, era el fondo del mar. Si en algún momento tuve miedo, rápidamente se me olvidó. ¿Quién puede sentir miedo en los brazos de papá? ¡Desde arriba yo veía el mundo chiquito y a mis pies! Ya que el agua le llegaba a la cintura, levantaba los brazos y me tomaba de las manos y yo me daba impulso y saltaba al agua sin pensar. Mi cuerpo pequeño se sumergía en cuestión de segundos y por un momento era como si fuésemos un solo cuerpo el mar y yo, completamente compenetrados, como si yo tomara forma de mar o el mar tomase mi forma. Nunca supe por qué mi pelo se iba hacia arriba cuando yo me sumía impetuosamente, ni por qué al emerger sucedía lo contrario, pero sí sé que una descarga intensa de emociones me invadía desde que saltaba hasta que salía a la superficie y que era algo que quería repetir hasta el cansancio.

Sin esperar más avanzábamos para alejarnos de la orilla, sorteando las olas pequeñas algunas veces, y otras zambulléndonos de golpe desapareciendo entre la espuma blanca y luego apareciendo más allá. La gente iba quedando atrás y con ellos la bulla se perdía y se escuchaba más el estruendo de las olas más grandes al reventar. ¡Los tres inseparables y avezados cada vez más adentro gozábamos cada segundo como si fuese el último! No solo fueron momentos de disfrute hasta el tuétano, no señor. Fue construir memorias; identificarnos con el corazón; entendernos sin hablar; fue ser cómplices, compinches, más que amigos. Fue darle vigor al vínculo de sangre que nos une por genética y fortalecer el vínculo de amor.

A lo lejos venía avanzando lo que parecía ser una sombra que poco a poco tomaba forma, creciendo y tomando fuerza, intimidante, gigantesca, inminente, que terminaba frente a nuestros ojos como una muralla de agua ineludible que no dejaba muchas opciones. Era tarde para escapar y salir corriendo. ¡De hacerlo seríamos revolcados sin piedad! Nuestros cuerpos serían agitados violentamente en todas las direcciones posibles, sin rumbo, envueltos en ese monstruo sin tentáculos que nos azotaría haciéndonos perder la noción de espacio y profundidad. Luego saldríamos a flote con ardor en las fosas nasales y la boca abierta de la desesperación por tomar aire, casi ahogándonos de tanto tragar agua salada, mirando a todos lados y con el cuerpo lleno de arena, con las rodillas raspadas casi peladas, y sobándonos con disimulo por si acaso alguien estuviese mirando. No. Esa opción no era la mejor.

“¡Abajo!” - se oyó gritar a mi papá. Efectivamente, no quedaba más que meterse de cabeza con los brazos por delante y el pecho al ras de la arena para vencer al monstruo y salir airosos y lo más importante, salir vivos. Obedientes como éramos acatamos la orden y cual expertos bañistas enfrentamos la mole, y al salir del otro lado la vimos encrespase mientras

burbujeante y furiosa arrasaba con todo camino a la orilla, disolviéndose poco a poco hasta desaparecer por completo.

Regresamos otra vez a ver hacia atrás y las olas seguían una tras otra, pero nos habíamos adentrado ya tanto en el mar que ellas seguían su camino, y avanzaban más antes de reventar dejándonos atrás, y cada ola que pasaba nos elevaba tan alto como era ella, y flotando desde arriba veíamos la pequeña bahía que claramente merecía el nombre de La Herradura por la forma que tenía. A lo lejos los restaurantes, el edificio sede de la Cruz Roja y el Hotel Las Gaviotas eran parte del panorama. Detrás de ellos, la pista que subía por el cerro y llevaba hacia el túnel por donde alguna vez pasó el tranvía, y por donde regresaríamos a casa al caer la tarde.

A la distancia se podía escuchar el tradicional anuncio por toda la playa: “Venga, venga, venga la hora Inca Kola, que da la hora en todo el Perú, la hora Inca Kola. Din don, din don, din don. Exactamente, las doce horas, cero, cero minutos”. Después de disfrutar un rato de la calma al fondo del mar, emprendíamos el regreso a la playa a punto de brazadas hasta llegar de nuevo donde las olas reventaban. La mejor manera y la más divertida, además, era la de correr la ola de pechito cuando recién empezaba a quebrarse y dejarse llevar por la corriente hasta el final. Volvíamos a nuestras toallas a disfrutar por un momento del sol, saborear un helado y más tarde a repetir la hazaña tantas veces como quisiéramos.

De salida ya al atardecer y nuevamente con toalla al hombro llegábamos al carro y abríamos todas las puertas para dejar salir el calor que tantas horas se había concentrado en su interior. Mientras hacíamos tiempo mi papá muy precavido aprovechaba para sacudirnos la arena de las piernas a punto de toallazos para asegurarse que no ensuciáramos más de la cuenta. Así llegábamos al final de un típico día de verano ya cerca de la hora de la puesta de sol.

Nuestras intrépidas aventuras son muchas. Tuvimos la mejor niñez y adolescencia; la mejor. La historia no fue perfecta porque no fue un cuento de hadas, pero sí fue una historia que nos permitió conocernos, disfrutarlos y amarnos. Aprendimos a reír con las cosas simples de la vida. Aprendimos el valor de la familia, de la importancia de darles calidad de tiempo a los hijos. Nos enseñaron con el ejemplo y la confianza. Nos dieron las herramientas para ser quienes somos hoy. Nos enseñaron a enfrentar la vida con valentía sin importar cuan grandes puedan ser las dificultades. Algo así como cuando nos enfrentábamos a las olas del mar. Nos enseñaron que ningún obstáculo es tan grande que no se pueda vencer, y que siempre unidos podemos lograr todo lo que queramos. Nos dejaron huellas en el corazón de sol, arena y mar. Por todo esto y por mucho más: ¡Gracias papá!